

La Oliva de la Paz.

En un sediento erial, que en vano espera
de manos del gañán la sementera
y las caricias del arado bronco,
tiende los brazos a la azul esfera
de añosa oliva el retoicido tronco;
y de pompa desnudo, áspero, yerto,
en la gris lejanía, el caminante,
del moribundo sol al brillo incierto,
semeja el esqueleto de un gigante
de pie sobre la arena del desierto.

* * *

Fué ayer, cuando a la sombra de ese olivo
que, desde el Bravo a Yucatán, altivo
las simbólicas frondas extendía,
un pueblo libre, de su bien cautivo,
en envidiada placidez vivía.

Allí el genio encontró la rica veta
del saber codiciado,
risas y libros la niñez inquieta,
la industria esfuerzos, bríos el soldado,
el arte ritmos, alas el poeta,
y la raza de Anáhuac floreciente
un tesoro de amor patrio, fecundo
como sus valles, como el fuego, ardiente
como ella altivo y como el mar, profundo.

Allí al obrero, de bonradez ejemplo,
que convierte a la fábrica en un templo
y en aras vaporosas los telares
donde, al compás de la ágil lanzadora,
improvisa monótonos cantares
a la novia garrida que le espera
en la alegre ventana de sus lares;

y al labriego que empuña la manera
del corvo arado, al despuntar el día,
y atento sólo a la mezquina paga,
no la abandona hasta que el sol se apaga
en las negruras de la noche fría,
el pan moreno, trabajoso, duro,
y, aunque escaso, seguro,
sano el pecho y vacío

de las codicias de oro y de laureles,
les supo a dulces miles
comido al pie de su follaje umbrío.

Huyeron ¡ay! veloces las dulzuras,
de aquella edad feliz, y al alma azotan,
tempestades de miedo y de tristuras
que, por el aire envenenado flotan,
como efluvios de abiertas sepulturas

Yace mudó el taller, triste, sombrío,
y no se escucha en la extendida vega,
feraz ayer, y hoy páramo vacío,
el canto de la arada y de la siega.

Es que la dicha, cual mujer liviana,
del Anáhuac huyó, y en las ciudades
y yermas soledades,
estalló el huracán bravío y ronco
que de la verde oliva mexicana,
dejó sin pompa al calcinado tronco.

* * *

¡La centella la hirió! ¿Quién el camino
del cielo mexicano, antes sereno,
a la nube mostró, y de saña lleno,
esclavo de vandálico destino
hinchó de rayos su pedrusco seno?

¿En qué yunque inclemente?
¿qué mano parricida,
con fuego de Luzbel y odio salvaje,
forjó el rayo fatal que hendió la frente
del santo olivo, y con la propia herida,
al astillar su espléndido ramaje,
tronchó de un pueblo la pujante vida?

¿Quién lo sabe? — también allá, en la
(altura,

en la región del aire, lo no llegan
ni el odio insano ni la envidia impura,
los negros nubarrones se congregan.

¿Qué derrotero siguen? ¿quién los guía?
¿quién, cuando amenantantes

se empeñan en horripilante porfía
y, cual negra mesnada de gigantes
se embisten, retroceden, chocan, cejan,
y, por el cielo tenebroso, dejan,
los flotantes girones de su seno,
en esa lucha ciega, encarnizada,
les da, por grito de combate, el trueno
y el flamígero rayo por espada?

* * *

En la negra ansiedad aterradora
que a todos nos devora,
y en el mar de la angustia nos abisma
como a roto bajel, la historia misma
de esas tormentas el misterio ignora.

Mejor es no indagarlo
que tener que llorarlo
después de remover su fondo oscuro,
y en la duda punzante,
es más grato, y más noble, y más seguro
poner los ojos en la Patria amante,
que, aún puede en el cenit de sus dolores,
tornando al pecho la perdida calma,
iluminar con mágicos fulgores
esta angustiosa cerrazón del alma.

Desde aquí la contemplo; — como aquella
Virgen, del Valle de Judea, encanto,
en su aurora feliz, como el sol bella,
y aún más hermosa en su mortal quebranto,
en la cumbre del Gólgota divino,
con un dolor sublime,

pálido el rostro, acongojada, inerte,
junto al madero ensangrentado gime,
donde lucha la vida con la muerte,
tal nuestra hermosa Patria mexicana,
la Virgen india, la de faz morena,
de porte augusto, y de mirada altiva,
grande en la dicha ayer, y hoy en la pena
mayor aún, con majestad serena,
gime a los pies de la agostada oliva
que amante besa y con su llanto baña.

No estás ¡oh Patria! sola; un pueblo amigo
que, en su seno te dió calor y abrigo
en los albores de tu vida, España,
que compartió gozosa tus amores,
tiene parte también en tus dolores,
y muy cerca de tí, llora contigo
con ansiedad de madre — En el anhelo
de volver a aquel tronco, savia y vida
la triste Patria por la angustia ciega,
de hinojos o nel suelo,
con los torrentes de carmín le riega
vertidos en la lucha fratricida.

Empeño vano, ¡oh Patria infortunada!
la sangre de tus hijos derramada
de tu historia en los campos ubertozos,
hizo brotar frondosos
en los enhiestos montes y en los llanos
los verdes lauros que tu frente ciñen;
mas ¡ay! la sangre que al laurel aviva
de la Patria ofrendada en los altares,
si es Abel o Caín, cuando es de hermanos
que, como hienas, a zarpadas riñen,
cual lava de un volcán, seca la oliva.

* * *

¿No habrá esperanza? ¿ni el continuo
(llanto

que transidos de espanto,
y faltos del apoyo y del cariño
de hijos, padres, y esposos que cayeron
en la lucha inhumana,
vierten, sumidos en letal quebranto,
la esposa en su viudez, la madre anciana,
y el inocente candoroso niño
que, con mala fortuna,

encontró la horfandad junto a la cuna
o en los umbrales de su edad temprana,
y mitiga tu llanto y tus dolores;
otra Virgen indiana,
morena, como tú, como tú hermosa,
¿dan vida al seco tronco? — ¡oh, Patria! —
(espera

cuya imagen borrosa,
nimbada con los patrios resplandores,
es símbolo de raza en la bandera,
que tremoló el anciano de Dolores,
yace a tu lado muda y pensativa.

En tí los dulces pensamientos fijos,
al pie del árbol seco gime y llora
tus penas y los yerros de tus hijos,
y ese llanto que vierte compasiva,
más bello que las perlas de la aurora,
es el riego fecundo de tu oliva. —

Con este suave y virginal tributo
de lágrimas, en breve vediyiva,
de nuevo, ostentará su dulce fruto,
y no será aquel tronco, áspero, yerto,
que, en la gris lejanía, al caminante,
del moribundo sol al brillo incierto,
semeja el esqueleto de un gigante
de pie sobre la arena del desierto. —

PBRO. JULIAN G. VILLALAIN.

(1).—Nota.—Esta hermosísima poesía
fue premiada en los últimos Juegos Florales
que se celebraron en la ciudad de Mé-
xico. La gran tragedia que se está desa-
rollando en Europa, la vuelve en estos mo-
mentos de interés universal.

FATUIDAD POSTUMA

Cuando yo muera, al borde de mi lecho
Quiero ver una hermosa reclinada,
Que escuche, con sonrisas en los labios,
La confesión postrera de mis faltas.

Anhelo oír, en vez de hondos gemidos,
Tristes ayes y fúnebres plegarias,
De Byron las estrofas inmortales,
De Mignon la nostálgica romanza.

Haced que junto al féretro se agrupen
Las vírgenes más bellas de mi patria
Y que cubran, al son de alegres cantos,
Mi luctuoso ataúd de rosas blancas.

Formando luego perfumada hoguera
Arrojad mi cadáver a las llamas,
Y no me abandonéis hasta el instante
En que mi cuerpo, bajo formas vagas,
Ascienda raudo a la celeste altura
Donde fijé en un tiempo mi esperanza.

Más si queréis guardar mis pobres restos,
Grabad sobre mi tumba estas palabras:
"¡Amó sólo en el mundo la belleza!
¡Que encuentre ahora la Verdad su alma!"

JULIAN DEL CASAL.

EL CREDO DE FRANCIA

Oración Patriótica

"Creo en la sangre de la herida y en el
agua bendita, en el fuego de la artillería,
en la llama de cirio y en la cuenta del ro-
sario.

"Creo en los votos sagrados de los vie-
jos y en la omnipotente ignorancia de los
niños.

"Creo en la oración de las mujeres, en el
heroico insomnio de la esposa, en la calma
piadosa de las madres, en la pureza de
nuestra causa y en la gloria inmaculada
de nuestras banderas.

"Creo en nuestro gran pasado, en nuestro
gran presente y en nuestro porvenir más
grande.

"Creo en las manos armadas de hierro
y en las manos unidas.

"Creo en nosotros. Creo en Dios, Creo,
creo."

HENRI LAVEDAN.